



## Asesoramiento, Novedades e Inspiración para jóvenes que se incorporan al campo

### La “revolución” de los pequeños: ganadería resiliente ( y rentable) para tiempos inciertos

En los últimos años la agricultura y la ganadería europeas se enfrentan a riesgos de distinta naturaleza. El aumento de la volatilidad de los precios de los mercados agrarios amenaza su viabilidad económica. Los cada vez más frecuentes fenómenos meteorológicos extremos complican el trabajo diario y arruinan cualquier planificación. La despoblación rural, los cambios demográficos y de las preferencias de los consumidores obligan a reinventarse continuamente.

Hay un concepto, muy de moda últimamente, que nos puede ayudar a capear con mayor o menor éxito el temporal que se presenta, la famosa resiliencia, tantas veces representada como aquel junco que se dobla, pero siempre sigue en pie. Técnicamente la resiliencia es el conjunto de tres capacidades: robustez, adaptabilidad y transformabilidad. No es necesario tenerlas todas, pero resulta obvio que cuantas más desarrolle el agricultor o ganadero mejor le irá.

La robustez es la habilidad para mantener los niveles deseados de outputs a pesar de las perturbaciones. Esto se traduce en ser capaz de seguir vendiendo bien tu producto, bien por haber aumentado la rentabilidad, por asociarse con otros productores o por ser capaz de resistir como un campeón a base de esfuerzo y dedicación.

La adaptabilidad es la capacidad de ajustarse ante los agentes externos e internos de cambio, de manera que el sistema puede seguir manteniendo sus funciones e incluso desarrollándose. Y para ilustrar este punto, dejadme que os hable de David Solano, ganadero y agricultor en la comarca de Monegros (Huesca) que es buen un ejemplo.

### Una crisis como oportunidad

David trabajaba con su padre como agricultor, cultivando cereal, hasta que decidieron montar un cebadero de terneros. Empezaron su andadura comprando pienso a terceros, que suele ser lo habitual, pero la crisis de cereales de 2007, motivada por la irrupción del biodiesel, casi les arruina. Tres años después probaron a fabricar su propio pienso, conscientes de sus limitaciones: no son expertos en formulación ni tienen fácil acceso a un amplio abanico de materias primas con las que fabricar un pienso de calidad, bien equilibrado y ajustado de precio. Pero el salto no les salió mal del todo, partieron de un cebadero de 90 cabezas y ahora tienen 180. Compran terneros de tres semanas de vida procedentes de granjas de leche (frisonas y cruzados con otras razas) y los ceban aproximadamente durante un año. Durante ese tiempo hacen una rotación por tandas: cada dos meses se sacrifican treinta añojos y llega otra tanda de terneros a sustituirlos.

## Cultivar tu propio pienso

La principal fuente de alimento para alimentar a sus animales procede de las 150 ha de tierra agrícola que poseen. Veinte de regadío, en las que cultivan maíz y cebada, y el resto de secano en la que rotan trigo con la asociación veza-avena que se utiliza como forraje, elemento indispensable en la dieta de los rumiantes. Como complemento recurren a un pienso comercial que aporta la proteína (a base de soja) y los minerales necesarios. De esta manera, según nos comenta David, puede controlar y asegurar la parte mayoritaria y por decirlo de alguna manera “más noble” del pienso que son los cereales que aportarán la energía para el crecimiento. Así, actualmente sus terneros tienen una buena ganancia diaria de peso y no sufren problemas de meteorismo.

Poder cultivar gran parte del alimento para tus animales tiene otras ventajas que permiten mejorar un poco los márgenes de explotación. Por ejemplo, en el secado del maíz. Para que este pueda ser almacenado sin problemas tiene que tener una humedad determinada (14%), lo cual se consigue cosechando en el momento justo y preciso o recurriendo a secaderos... que al funcionar con energía incrementan el coste del maíz. Cuando el ganadero cultiva su propio cereal, puede ajustar con más facilidad el momento exacto de la cosecha para obtener un grano listo para moler o almacenar directamente. Por otra parte, al hacer rotaciones con trigo y veza-avena evita la aplicación de herbicidas, otro insumo menos.

## Economía circular

Otra medida obvia es utilizar el estiércol para abonar los cultivos, pero, aunque suena bonito, conviene tener en cuenta dos aspectos. Primero: que el estiércol abulta y pesa mucho, por lo que hacen falta camiones o remolques para llevarlo a la finca a abonar. Si la ganadería es pequeña, genera poco estiércol y tiene las tierras cerca, como es el caso de David, resulta viable. Pero a más animales, más residuos generados y habrá que buscar más hectáreas que lo admitan; habrá que buscarlas cada vez más lejos, lo cual supone un importante gasto de combustible y maquinaria que conviene uso de este tipo de abono. Por otra parte, al ser el estiércol de vaca bastante equilibrado en sus nutrientes, resulta perfecto para realizar abonados de fondo que mejoran la calidad y vida del suelo, pero anda escaso del nitrógeno necesario para tener buenas cosechas de trigo.

## Libertad e independencia

Es precisamente la disponibilidad de tierras lo que ha permitido a David funcionar de una manera independiente y sortear las fluctuaciones de precios que marca la situación geopolítica actual que todos conocemos. Mirando a su alrededor, muchos de sus vecinos han optado por la fórmula de la integración, que les permitía seguir vinculados a su territorio aún sin disponer de hectáreas. Este modelo de integración requiere alcanzar un tamaño considerable e implica la utilización de formulas de pienso preestablecidas y fabricadas por la empresa integradora, para lograr la máxima rentabilidad posible. Así, aunque algunos ganaderos integrados tenían algo de tierra, no son suficientes como para aprovechar esta sinergia que ahora está dando tranquilidad a los pequeños productores independientes.

Porque efectivamente David no está solo, quedan pocos pero todavía existen productores independientes. Han probado distintas vías para seguir adaptándose, como el ensilado de maíz (planta entera, grano húmedo y pastones)

o el cultivo de guisantes para pienso con distinto éxito según las circunstancias de cada uno. David cree hay todavía mucho margen de mejora pero al menos su apuesta le está permitiendo ser capaz de capear este fuerte temporal y seguir manteniéndose en pie.



Nos quedaba por citar el último ingrediente de la resiliencia: la transformabilidad. Esta es la capacidad de crear un nuevo sistema y así restaurar las funciones importantes; algo así como los rebrotes que salen del tronco cuando un árbol sufre una poda demasiado fuerte. En nuestro caso podría verse como un pequeño “cambio de chip” por parte de ganaderos que deciden transformar parte de su fuente de ingresos al vender parte de sus productos a través de canales cortos de comercialización. Esta posibilidad no está libre de trabas burocráticas y otros problemas, pero da más control sobre el precio que obtienen el ganadero por sus productos.

De esta manera, al tener más control sobre los gastos y los ingresos, se consigue consolidar esa independencia. Un aspecto muy valioso dados los bandazos que da la situación geopolítica cuando uno menos se lo espera. Y es que la realidad actual nos recuerda que aunque sigue siendo importante ser rentable, ser autosuficiente puede llegar a convertirse en un salvavidas.

## ¿Cómo se aprende a ser agricultor en el siglo XXI?

Lejos quedó la visión de las tareas del campo como último destino para los que no querían estudiar. La agricultura y la ganadería de hoy en día poco tienen que ver con las que dieron de comer a nuestros bisabuelos, abuelos y e incluso padres. Para poder ganarte la vida y tener cierto éxito profesional en el mundo agrario actual conviene desterrar la mentalidad que subyace bajo el refrán “cava hondo, echa basura y riéte (o cágate) de los libros de agricultura”.

En primer lugar, hoy en día aquellos que quieran dedicarse profesionalmente al campo tienen que acreditar una formación determinada para ser contratados, o recibir ayudas si son los titulares de la explotación. Una formación que garantice en la medida de lo posible que esa persona es capaz de sacar adelante una empresa agraria, lo cual no es poca cosa. Esto explica la abrumadora mayoría de alumnos en centros de formación profesional agraria que son hijos (y poco a poco también hijas) de propietarios de explotaciones agrícolas. Estos jóvenes son conscientes de que, aunque vayan con parte de los deberes hechos, no les queda otra que estudiar y prepararse si quieren que el negocio familiar tenga futuro. Para los valientes que carecen de vínculos familiares con este sector la formación profesional es un paso previo e imprescindible que les permitirá descubrir “de qué va esto de la agricultura”.



Un agricultor hoy en día no puede limitarse a saber cómo, cuándo y qué cultivar. Su actividad está sujeta a cada vez más normas que tiene que conocer, a una burocracia en la que tiene que manejarse (si es que es eso posible), a una tecnología que lo invade todo y a ser capaz de ahorrar hasta el último céntimo en insumos. El problema es que los días tienen 24 horas y los agricultores son personas humanas que llegan hasta donde llegan. A poco que la explotación va ganando tamaño comienza a ser necesario gente que ayude, sin meter la gamba a ser posible. Lo que viene denominándose “mano de obra especializada” que en el campo se traduce en tractoristas, maquinistas, mecánicos especializados en maquinaria agrícola, camioneros, especialistas en riegos, podadores, etc. y que actualmente está siendo muy difícil de encontrar. Estamos hablando de personas bien formadas, no en un curso de 200 horas precisamente, y con disponibilidad horaria, capaces de afrontar una campaña agrícola típica. Personas a las que poder confiar por ejemplo el manejo de maquinaria que cuesta un dineral, al igual que su mantenimiento o reparación, o la entrada de datos de las parcelas en el SIGPAC. En la agricultura de hoy en día el margen de error es mínimo y disponer de profesionales a los que poder confiar determinadas tareas es tener

mucha suerte. Por esta razón, los buenos profesionales están muy cotizados. Pueden tener trabajo durante todo el año, con contratos fijos y salarios que harían palidecer a más de un profesional liberal urbano.

A pesar de la titulitis que todavía padecemos, la Formación Profesional (FP) está dejando de ser poco a poco la hermana pobre del sistema educativo; de hecho hace poco eran noticia los estudiantes sin plaza pública para estudiar los grados que deseaban. En este punto cabe preguntarse, ¿donde están los jóvenes deseosos de formarse en el medio agrario? La respuesta es bien sencilla y compartida por varios expertos a pie de campo a los que hemos preguntado: en ningún lado. Hay muy pocos jóvenes interesados en cursar Formación Profesional agraria y tampoco abundan los interesados en ramas como Transporte y Mantenimiento de Vehículos o Electricidad y Electrónica (7,4%) que tengan intención de orientar su carrera laboral hacia una agricultura cada vez más tecnificada.

En un ejercicio de optimismo podríamos reformular la respuesta. Los jóvenes están, la mayoría quiere trabajar pero desconocen por completo la gran variedad de posibilidades laborales que ofrecen la agricultura y la ganadería.

Y es que las profesiones ligadas al campo apenas tienen reconocimiento social o siquiera una pizca de glamour. Curiosamente la rama sanitaria sigue siendo una de las más demandadas, a pesar de

todo lo que han pasado estos profesionales durante la pandemia y de que, tiempo antes, muchos tuvieron que emigrar a otros países europeos en busca de mejores condiciones laborales, donde por cierto se los rifaban. Mientras, muchos empresarios agrarios españoles están buscando desesperadamente esa mano de obra especializada que, cosas de la vida, tienen que ir a buscarla en otros países. Si somos capaces como país de formar profesionales muy valorados en muchos ámbitos, la agricultura y la ganadería no deberían ser una excepción, sobre todo considerando nuestra importancia a nivel internacional en estos sectores. Pero de nuevo, nuestros expertos consultados echan de menos una labor para hacer estas opciones más cercanas e interesantes; estaría por ver quién o quienes deberían tomar ese testigo.

La agricultura ha cambiado mucho. Es exigente y necesita de buenos profesionales que aporten su conocimiento y experiencia desde distintas ramas del saber. Aunque también hay cosas que no cambian; ya decía Cicerón que “La agricultura es la profesión propia del sabio, la más adecuada al sencillo y la ocupación más digna para todo hombre libre”. Y aunque muchos no lo crean, hoy en día también ofrece interesantes opciones de futuro profesional, a las que dedicaremos la próxima entrada.

## De bióloga a viticultora biodinámica: una historia de innovación sostenible y saludable

Isabel Vidal no se imaginaba que acabaría siendo viticultora biodinámica. Su madre tenía seis hijos, 25 ha de terreno, la mayoría plantados de vid con algunos frutales y mucho amor por esa tierra. Cuando comprobó que, a pesar de sus intentos, a ninguno de sus hijos le había picado lo suficiente el gusanillo de la agricultura decidió que dedicarse a lo que le apasionaba: con la ayuda del “masover” de la finca dedicaría a sus vides todo el tiempo y los mimos que necesitaran.

Isabel en concreto se decantó por la biología, específicamente por la microbiología, esa rama que estudia a los seres vivos más pequeños. Todavía no sabía que de alguna manera acabaría trabajando codo a codo con esos diminutos hongos, bacterias y demás seres microscópicos que observaba por el microscopio. Durante un tiempo trabajó haciendo análisis clínicos, hasta que decidió cambiar de tercio cuando el entonces director técnico de Codorniu le aconsejó realizar un curso de posgrado en viticultura y enología. Cuando lo completó, quedó con la sensación de que el sector se desarrollaba de espaldas a lo que ella consideraba más importante: la viña y la uva.

En 1994 tomó la decisión de retomar la pasión de su madre y dedicarse a la viticultura de manera profesional. Empezó prácticamente desde cero con un antiguo viñedo cultivado en una tierra muy poco productiva, pero con buena situación sanitaria y grado de acidez. Se formó en muchos y variados cursos, pero también en las tertulias de bar con otros colegas viticultores. Comenzó con viticultura convencional, entregando la uva a una empresa elaboradora y enfrentándose al oidio, el mildiu y la polilla del racimo con los medios que había en ese momento. Pero ya desde el comienzo, todas las labores que realizaba en la vid buscaban cuidar del suelo y su fertilidad natural.

En aquel momento, las principales bodegas de cava de la región buscaban gente que quisiera producir para ellos con la idea de “colocar el cava en el mundo”. Isabel subió a ese carro, pero con el tiempo acabó dándose cuenta que tendría que elegir entre buscar cantidad o calidad. Y optó por lo segundo.

En 2011 pasó a producir en ecológico. Durante un tiempo compatibilizó el suministro a Freixenet con la búsqueda de clientes que valoraran el tipo de uva que estaba produciendo. Poco a poco la balanza se fue inclinando hacia el lado ecológico, y así acabó produciendo uva para clientes con los que compartía su visión del oficio. Varios años después, en 2016, precisamente uno de esos clientes le animó a pasarse a la agricultura biodinámica. Para quien no lo sepa, esta modalidad supone profundizar más aun para lograr la sostenibilidad; si la tarea del agricultor es de por sí compleja, seguir los principios biodinámicos supone el más difícil todavía. Nos cuenta Isabel que para aligerar la tarea y facilitarse la vida, ha sido y sigue siendo vital relacionarse con otros

productores con los que mantener esas reuniones “de bar” que tanto ayudan a ver las cosas de otra manera.

La agricultura biodinámica supone una mirada tan amplia al entorno productivo que llega incluso al sistema solar. Sus principios no siempre se han comunicado bien, por lo que son cuestionados a menudo. Nuestra protagonista, que parte de una formación científica convencional, inevitablemente a veces también se cuestiona qué funciona realmente y qué no. Aunque la producción es menor, este tipo de agricultura da mucho valor algo que para ella también es vital: el cuidado del suelo y sus infinitos y diminutos habitantes, los cuales cuando se encuentran en equilibrio nutren y ayudan a las plantas a enfrentarse al ataque de plagas y a los efectos del cambio climático.

Uno de los problemas actuales en el sector del vino (y en tantos otros) es el precio que recibe el productor por la uva, y frecuentemente se propone como solución que los viticultores elaboren sus propios vinos, de manera que puedan dar un valor añadido a sus uvas, y cobrar por él. El problema es que la inversión inicial para dar forma a una bodega es muy importante, por lo que la decisión de ser elaborador debe estar muy meditada y calculada. Así, inspirados por la iniciativa del “viver de cellers” (vivero de bodegas) desarrollada en la Conca de Barberà, Isabel y otros miembros de JARC impulsaron la creación de uno similar en el Penedés. Se trata de instalaciones equipadas con todo lo necesario para llevar a cabo el proceso completo de elaboración del vino (salvo las barricas y las botellas, que lógicamente saldrán del bolsillo del productor). Esta iniciativa supone un apoyo importantísimo a los jóvenes viticultores que comienzan en esta aventura, ya que ofrece su apoyo durante los cinco primeros años de su andadura. El vivero también ofrecerá herramientas y oportunidades para comercializar sus productos, ya que además de elaborar el vino, hay que venderlo. Esta iniciativa forma parte del proyecto “Penedès territorio vitivinícola: innovación sostenible y saludable”, cuenta con apoyo institucional y sectorial (Consejo Comarcal del Alt Penedès, ayuntamientos, D.O Penedès y el Centro Tecnológico del vino VITEC) y si todo va bien comenzará a funcionar en la vendimia del 2022.

Para terminar, Isabel ofrece tres consejos a los jóvenes que se plantean empezar en este mundo de la vid y el vino. El primero: trabajar con pasión, ya seas productor o elaborador, si quieres conseguir la mejor calidad desde la cepa hasta la botella. Ambos modelos son buenos si son sostenibles en cada una de las fases de la cadena de valor. El segundo: buscar compañeros de fatigas. En la viña a menudo es obligado trabajar “con el culo mirando a Dios” y la cabeza en la cepa, pero de vez en cuando conviene levantar la vista para ver lo que ocurre alrededor y qué camino elegir, que suele ser más llevadero cuando se hace acompañado. Por último y a ser posible, no olvidar el gran valor de los viñedos viejos.

**Isabel Vidal es jefe sectorial de Viña y Vino de Jóvenes Agricultores y Ganaderos de Cataluña (JARC-COAG).**

